

Marcelo y el fantasma

Escribe: NESTOR MADRID-MALO

— 1 —

Al lado de su madre, que manejaba velozmente el rojo *Alfa Romeo*, Marcelo sentía ese grato sabor que el obtenido triunfo o los realizados deseos dejaban siempre en su paladar. Así como este, en su gustativa con-fabulación con la lengua, le proporcionaba dulces delicias o amargos suplicios —según fueran estimulados por un exquisito postre o por un detestable remedio— así también sus estados de ánimo se trasuntaban en su boca en forma de sabores, que él había aprendido a conocer por la densidad de la saliva. Estaba, por ejemplo, el muy espeso y metálico del miedo, del temor. Ese que sentía cuando se aprestaba a afrontar un examen en la escuela, o cuando, en la oscuridad de su alcoba, le parecía entrever fantásticas formas. O aquel otro, muy delgado y soluble de la impaciencia, de la afanosa espera de algo, que le embargaba cuando su madre demoraba en ir a recogerlo al colegio, o cuando faltaban pocos días para su cumpleaños o para la llegada de la Navidad. O el menos líquido y ya medio pastoso de la tristeza o de la contrariedad, como cuando el profesor lo reprendía o su padre se negaba a comprar la villa. Y, por fin —entre otros— estaba sobre todo ese, dulcemente empalagoso, que se adueñaba de su boca cuando estaba contento y feliz. Como ahora, cuando iba avvicinándose a *Villa Odisea*.

El nombre había sido ocurrencia suya. Si la leyenda homérica situaba una de las aventuras de Ulises allí cerca, en el Circeo, ¿por qué no ponerle ese nombre a la nueva casa? Así se lo había sugerido a su madre, después de haber leído ese dato en una guía turística. Además, recordaba muy bien el sin par episodio, no tanto por la lectura de una *Odisea* para niños, sino por la espectacular visión que de ello había tenido en la homónima película. Le parecía ver a Kirk Douglas, redivivo Ulises, eludiendo sagazmente las malas artes de la bella maga, o afrontando con éxito al terrible cíclope. Su madre consideró muy apropiada y sonora esa denominación, que dentro de poco podrían contemplar sobre la entrada de la villa.

—¿Falta mucho, mamá? —Preguntó.

—No, faltan pocos kilómetros.

—Y ¿quién la está cuidando?

—Un hijo del antiguo celador de la propiedad. Me lo ha recomendado la esposa del marqués a quien le compramos la villa.

—Y ¿cómo se llama?

—Gino o Dino... no recuerdo bien.

La 2.600 volaba casi por la no muy amplia carretera. Atrás habían dejado casi todo el recuperado agro pontino, que hasta pocos lustros antes había sido dominio exclusivo de la malaria. Y que ahora era una productiva llanura, con sus nuevas ciudades y pueblos, con sus granjas y canales de drenaje.

A Marcelo le pareció algo triste aquella sabana monótona, con escasos árboles y gentes silenciosas, cuyo paisaje rehusaba reflejar el agua de los casi inmóviles canales, de un denso color verdinegro, que solo corría por el accionar de las bombas de desagüe.

Hubo un momento en que el automóvil debió frenar y dar un brusco viraje para no atropellar una carreta que apareció de pronto ante ellos, y Marcelo se vio bruscamente proyectado hacia adelante.

—¿Te has hecho daño? —le demandó su madre fríamente, mientras recuperaba la marcha.

—No ha sido nada —replicó Marcelo— a quien los once años pasados junto a ese raro ser que era su madre le habían enseñado a disimular hasta los dolores. Y sobándose resignadamente la frente, se consoló al pensar que por fin iba a llegar a la villa junto al mar, que tantos esfuerzos y súplicas les había costado obtener de su padre, atrincherado por años en una cerrada negativa.

Recordaba el diálogo que había señalado el momento decisivo de aquella batalla librada por tanto tiempo. Su padre había dicho finalmente:

—Bueno, ¿y para qué una villa? ¿No pueden ir a un hotel, o alquilar una casa donde puedan pasar el verano? ¿Por qué tengo que comprar una casa que va a estar desocupada durante nueve meses al año?

—Pero, querido —había replicado su madre— si se trata de una gran oportunidad y en un sitio encantador, cerca al Circeo. Y además, siempre es una buena inversión. No olvides cómo se está valorizando la propiedad por esos lados. Estoy segura de que dentro de un par de años costará el doble...

—¿Crees tú? —interrogó su padre en una forma que ya anunciaba la rendición incondicional—. Pues entonces cómprala. Espero que no sea dinero botado.

Fue necesario apelar así a ese recurso —hasta entonces no utilizado— de la conveniencia económica de la operación, para que la resistencia pa-

terna al proyecto se derrumbara. Para un hombre como él, negociante irreductible e inversionista afortunado, ese tenía que ser el supremo argumento. El dinero, sus fábricas y empresas, era lo primero para él. Después venía él mismo. Y luego su mujer y su hijo. Con semejante escala de afectos, era obvio que sus relaciones familiares estuvieran presididas por una especie de *modus vivendi* muy frío y formal, donde el amor y el cariño eran una muerta razón espiritual. Lo importante allí eran las apariencias, que marido y mujer, en una complicidad sobrentendida guardaban muy bien a los ojos de los extraños. Y que hubieran querido también salvar ante Marcelo. Pero no era así. El muchacho, entre el eco nocturno de apagadas disputas o de diálogos bruscamente interrumpidos por su llegada, había logrado deducir que todo no iba a pedir de boca entre sus padres. Y poco a poco, a medida que crecía, se había ido dando cuenta de la realidad de sus relaciones. Pero nunca osó hablar de ello con su madre que, por otra parte, adoptaba siempre para con él una actitud reservada, de simple y formal interés, desprovista de ese calor y de esa ternura acuciosa que son la materia prima del amor materno.

Hermosa y fría, a Laura no le interesaba la vida social sino en aquellos aspectos que coincidían con las únicas pasiones de su vida: el teatro y la cerámica. No se perdía de una *premiere* de importancia y hablaba de esa materia con cierto talento. El resto de su tiempo lo empleaba en la lectura —casi siempre de obras de teatro— o en el cultivo de lo que era para ella la justificación de su vida: la cerámica. En su pequeño taller del jardín, entre esmaltes, arcillas y caolines, se pasaba las horas. A Marcelo le bastaba mirar si el familiar penacho de humo coronaba la chimenea que sobresalía entre los árboles, para saber si nuevas y finas piezas de cerámica estaban cobrando en el horno la precisa cocción. Y solo la llegada del verano con sus obligadas vacaciones interrumpía esa artística consagración de su madre. Pero no sin que antes realizara aquellas esperadas y concurridas exposiciones anuales, única oportunidad en que la casa bullía de gentes ansiosas de adquirir una de aquellas preciosas piezas. Después venía la rápida fuga hacia el elegido lugar de veraneo, época que para el muchacho representaba un abierto y alegre paréntesis en la monótona vida que durante tantos meses transcurría entre su casa y el colegio. Pero aun entonces, su madre seguía siendo un ser extraño para él, distante y amado.

— 2 —

Marcelo, que iba más que ensimismado, oyó que su madre le hablaba:

—¿En qué piensas? ¿Por qué estás tan calado? Hace rato que no pronuncias palabra.

Pero Marcelo no tuvo oportunidad de contestar. Porque en ese momento, al llegar el auto a una eminencia del camino, algo grandioso apareció ante sus ojos: toda la azul plenitud del Tirreno, interrumpida apenas aquí y allá por el ala de gaviota de las velas, se veía brillar en la luminosa calma de la mañana estival. Y dijo simplemente, como quien descubre algo nunca visto:

—¡El mar!

Y se dedicó a contemplar el fascinante espectáculo. En rápida sucesión pasaron por su mente —agolpados unos, muy precisos otros— una serie de recuerdos que no podían dejar de entristecerlo, vinculados en gran parte a esa anual presencia del mar en su vida. Sobre todo, algunos que se relacionaban con sus padres le producían una nostalgia siempre renovada. Pues la experiencia de sus infantiles años le ocasionaba la rara sensación de orfandad a medias.

De pronto, al dar un viraje el coche, se vio traído de nuevo a la realidad. Habían embocado una corta vía lateral y se aproximaban a un gran portón, donde Marcelo pudo leer lo que ya esperaba: *Villa Odisea*. Luego siguieron por una avenida de pinos que ascendía en breve curva hasta llegar frente a un edificio de antigua construcción, pero que se veía remozado con gran gusto.

—He aquí su feudo, don Odiseo —le dijo Laura, mientras detenía el automóvil junto a un pequeño vestíbulo.

Casi inmediatamente, como llovido del cielo —pues nadie lo había visto venir— apareció ante ellos un hombre de estatura algo más que mediana, con ese tipo moreno —casi árabe— que poseen algunas gentes del sur de Italia. Vestía camiseta y pantalones de trabajo, y en las manos llevaba unas tijeras de podar.

—Buenos días, señora —dijo, abriendo la portezuela del coche.

—Buenos días —contestó aquella—. ¿Qué bello día está haciendo por acá, eh?

—Ah sí, julio se ha presentado este año como nunca. Y, ¿este es el joven Marcelo? —agregó, señalando al chico.

—Sí. ¿Y tú eres Dino? —replicó Marcelo, atraído en seguida por el aire de simpatía que brotaba del joven jardinero, y usando el mismo tono cordial que empleaba con sus más cercanos compañeros de colegio.

—No, mi nombre es Gino, pero pueden llamarme como quieran. Sueña lo mismo, ¿no es cierto? —aclaró con cierta ingenuidad, mientras se aprestaba a sacar las maletas del portaequipajes.

—En ningún caso —especificó Laura—. Le llamaremos Gino, Y, ¿cómo está todo por aquí?

Gino se quedó inmóvil y como extasiado, con una maleta en cada mano, mirando a Laura que acababa de descender del coche. Y como no atinara a enhebrar palabra, se vio rápidamente interpelado por ello:

—¿Qué le pasa? ¿Ha perdido el habla?

—¿Qué me decía, señora? —respondió todo cortado.

—Le preguntaba que cómo andaban las cosas por aquí.

—Todo listo para la venida de ustedes, señora. La cocinera llegó esta mañana y la doncella vendrá dentro de poco, informó. Y se encaminó a la escalinata que daba acceso al vestíbulo. Ya allí, se volvió y dijo:

—La señora puede despreocuparse del coche. Yo lo llevaré al garaje. Y permaneciendo todavía allí un momento, mirando siempre a Laura, entró luego en la casa.

Laura —que se había quedado pensativa— ayudó a Marcelo a sacar algunas otras cosas del automóvil, al tiempo que le decía:

—Espero que no tenga que volverte a repetir lo que ya tantas veces te he dicho: que no debes tutear a la servidumbre.

—Está bien, mamá. Pero te diré que nunca el “tú” me ha salido tan fácilmente de la boca. Es un tipo muy simpático este Gino.

—Pero recuerda que hay que conservar las debidas distancias. Ni despotismo ni estiramiento, pero tampoco ninguna confianza.

El muchacho no replicó. Pero, a pesar de las recomendaciones maternas, algo muy adentro le decía que nadie podría evitar que tuteara a Gino. Se lo ordenaba su corazón, que ahora, sin motivo alguno, porque sí, se había abierto a ese raro y caluroso sentimiento que es la amistad de veras. La amistad de golpe y repentina. Esa que se siente nacer, masculinamente, hacia otro hombre, en la misma forma como surge el amor. Y con la misma legitimidad espiritual, aunque con distintos requerimientos sentimentales.

— 3 —

Y ciertamente que entre ellos nació desde ese mismo momento una espontánea amistad, que cada día se fue estrechando más, hasta hacerse una cotidiana necesidad para ambos. Pero en especial para Marcelo, que veía en el joven jardinero un solícito camarada, dispuesto a complacerlo y a hacerle grata su permanencia en *Villa Odisea*. Gino, en efecto, se encargó de que el chico no se aburriera en aquel solitario ambiente marino, donde —en varios kilómetros a la redonda— no había otro muchacho de su edad. Y en sucesivas excursiones por la rocosa costa, ya a pie o en bote, lo fue poniendo al corriente de todos los secretos de la comarca. O bien le daba clases de natación, haciéndole perfeccionar su estilo; o de pesca submarina, deporte que Gino dominaba a cabalidad, como que durante la guerra había pertenecido al cuerpo especializado de la marina que se dedicaba a colocar minas en los cascos de los buques enemigos y a otras labores de sabotaje submarino. Y ese era otro de los placeres que el chico derivaba de aquella compañía: cuando Gino le contaba sus aventuras y hazañas de guerra, que eran muchas y variadas, pues Gino había participado en decenas de acciones bélicas durante el conflicto.

Y aunque al principio su madre no había visto con muy buenos ojos aquel asiduo trato, acabó por tolerarlo. El chico se hubiera aburrido sin nadie con quién departir y ella no tenía mucho tiempo para dedicárselo, tan entregada estaba a sus cerámicas, ya que también aquí había hecho construir su gabinete de trabajo y su horno. Y así, fuera de algunos ratos en la mañana —cuando tomaba con él un rápido baño de mar o daba una breve caminata por la playa— o en la noche, después de la cena, el resto

de la jornada pasaba atareada en sus quehaceres artísticos, o entregada a la lectura o a escuchar su música preferida. Como siempre, le interesaba muy poco su hijo.

Marcelo tenía así tiempo de sobra para estar con Gino y gozar de su compañía. El simpático jardinero desplegab todo su virtuosismo meridional para agradar y distraer al chico, que nunca en su vida había tenido la oportunidad de departir tan estrechamente con una persona mayor. En él fue naciendo una explicable admiración por aquel hombre afable y respetuoso, que había continuado diciéndole *signorino* hasta cuando le pidió que le llamara simplemente por su nombre y que se comportaba con él como si fuera un verdadero compañero o un hermano mayor. Marcelo le correspondía con igual forma, regalándole paquetes de cigarrillos —de aquellos *Murati* suizos que fumaba su madre— o llevándole chocolates que el exmarino saboreaba con gran júbilo, como si fuera otro chico. Porque en esto estribaba gran parte del éxito de aquella amistad: en que Gino se comportaba con él como si fuera también un muchacho, dispuesto siempre a seguirle la corriente en todas sus iniciativas y deseos.

Un día, el tema de la conversación recayó sobre la esgrima. Gino le dijo que él dominaba bastante aquel arte, no solo por haberla practicado durante su instrucción militar como suboficial, sino por haber pertenecido luego a un club de esgrima en Nápoles. Entusiasmado, Marcelo le pidió que le diera algunas lecciones, recordando que en la biblioteca de la casa había una completa panoplia. En seguida fueron a verla y, en efecto, encontraron un par de floretes, sables y espadas. Y en un armario hallaron máscaras, botones y petos, dejados allí sin duda por el último propietario de la villa. Tras obtener el permiso de Laura, dieron comienzo a las clases, que se realizaban diariamente en el mismo salón de la biblioteca. Pronto Marcelo hizo notables progresos, hasta obtener las felicitaciones de su ocasional maestro, quien resultó además de una habilidad excepcional.

Una mañana, encontrándose trabados en un arduo lance —pues Gino exigía cada vez más de su discípulo— oyeron de repente unos ruidosos aplausos y una voz que decía:

—¡Bravo. Bravo, con los mosqueteros del rey!

Interrumpiendo el encuentro, vieron a Laura junto a la puerta, quien con una cordialidad desusada, agregaba:

—Pero si son todo unos señores esgrimistas. ¿Puedo yo también recibir lecciones?

Gino no supo qué responder. Había quedado como paralizado, sintiendo nuevamente aquella sensación que lo embargaba cuando estaba en presencia de Laura. Era como si de pronto intuyera la proximidad de un gran peligro, de algo tremendo que fuera a sucederle, y no encontrara otra salida que quedarse quieto, sintiendo ese ya conocido escalofrío en la medula espinal y aquel golpeteo inusitado del corazón. Sí, era lo mismo que había experimentado cuando iba a desmontar una mina o a colocar una carga explosiva en el casco de un navío inglés. Pero ahora —cosa

rara— sentía además que ese peligro le era grato, le complacía hasta hacerle experimentar algo así como un orgasmo espiritual. Y supo que ya no podría huír de ella.

Laura se percató muy bien del embarazo de Gino, pues no era la primera vez que lo había visto así pasmado, casi sin escuchar lo que le decía u ordenaba. Ya desde el día de su llegada había sucedido y ella se había dado perfecta cuenta. Y sintió también que aquella actitud, lejos de contrariarla le satisfacía, le ocasionaba, a su turno, una íntima perturbación, que desde el comienzo trató de disimular y controlar, no dándole importancia. Por eso ahora, sobreponiéndose, le dijo fríamente.

—Y, ¿dónde aprendió usted todo eso?

—En la marina, señora. Estuve allí cinco años.

—Aja, muy bien... Y, ¿qué tal el discípulo?

—Excelente. Aunque yo como maestro no valgo la pena. Hacía tantos años que no practicaba... Y esto es cosa que hay que ejercitar continuamente.

A lo cual terció Marcelo:

—No le creas, mamá. Es un gran esgrimista. Me ha enseñado mucho.

Gino no agregó nada. Continuó como antes, extasiado ante Laura, que lo miraba con inquisitiva curiosidad, insinuando una sonrisa entre cómplice y burlona. Hasta que esta le dijo:

—Bueno. ¿Me da las clases, o no?

Cuando Gino oyó estas palabras, se sintió como si estuviera girando por el espacio, a punto de caer en un inevitable abismo. Y se dio cuenta de que estaba perdido. Al fin, tratando de hacerle recobrar a su espíritu la posición erecta, le contestó:

—Por supuesto, señora. Solo que... tal vez yo no soy la persona más indicada para ello.

—¡Nada, nada —gritó Marcelo entusiasmado— se las darás, Gino, se las darás!

Y Laura corroboró secamente, mientras salía de la habitación:

—Sí, principiaremos mañana a esta misma hora.

—Está bien, señora. A su mandar —concluyó Gino, dándose cuenta, con un gran vacío en el pecho, de que estaba allí para obedecer y nada más.

— 4 —

Gino no alcanzaba a explicarse cómo podía mantener la serenidad durante aquellas prolongadas sesiones de esgrima. Al principio no daba con la fórmula precisa para manejar aquella situación, que le hacía estar frente a frente con la mujer que tanto admiraba, de la manera menos deseable: con un florete en la mano. Pero al fin pudo adecuarse a tal circuns-

tancia, y realizar su cometido de manera más o menos idónea. Hasta el punto de que, a los pocos días, ya Laura se podía desempeñar con cierta habilidad en los asaltos.

Marcelo asistía a aquellos entrenamientos, y de vez en cuando enfrentaba a su madre. Pero un día que el chico estaba en cama con un fuerte resfriado, maestro y discípula se vieron por primera vez solos.

La sesión se realizaba normalmente, y Gino, con gran propiedad y seriedad —pues había resuelto asumir en forma muy objetiva su papel de simple profesor— daba con la voz a su alumna las rápidas y breves indicaciones que son necesarias para la correcta marcha de los respectivos lances. En cierto momento, al tratar Laura de emplearse a fondo, perdió el equilibrio y fue a dar entre los brazos de Gino. Este, con gran agilidad, evitó la caída, estrechándola fuertemente. Y cuando creyó que Laura en seguida recobraría su primitiva posición, notó, en cambio —con complacida sorpresa— cómo ella se abandonaba totalmente. Y como ambos tenían puestas sus máscaras protectoras —que habían quedado la una contra la otra— vio él a través de estas, cómo Laura, con los ojos entreabiertos y el rostro iluminado, estaba allí, iniciando ya la entrega y en espera suya. Entonces Gino, liberándose de aquellos obstáculos, la atrajo aún más y la besó largamente. Y la esgrima de las armas fue remplazada así por la del amor.

Todo transcurrió luego sin complicaciones. Los amantes se cuidaban bien de que su conducta pudiera suscitar la menor sospecha en Marcelo. Y las relaciones de este con Gino continuaron como antes. Aunque el jardinero se daba cuenta de que ya no era posible la misma espontaneidad, el mismo sencillo conjunto de actitudes cordiales que habían presidido su amistad. Y que, si bien exteriormente las cosas podían continuar idénticas, algo allá muy adentro le anunciaba que todo había cambiado, que ya no podría mirar limpiamente a los ojos de Marcelo. Sabía que le estaba jugando sucio al muchacho. Y eso le hacía venir a la boca un desagradable sabor a traición.

Sin embargo, Marcelo no advirtió nada y siguió tratando a Gino en la misma forma de siempre. En su pequeña y pura alma no podía caber jamás la suposición de lo que entre su madre y Gino existía. Solo en una oportunidad creyó escuchar una conversación a media voz entre ellos. Cosa que no dejó de sorprenderle, pues sabía de las distancias que su madre conservaba siempre con la servidumbre. Pero, no pudiendo cruzar por su mente la menor sospecha sobre lo que en realidad ocurría, no dio mayor importancia a aquel detalle. Y las prácticas de esgrima prosiguieron como de costumbre, sin que el chico se diera cuenta de nada anormal en el trato entre su madre y Gino. Al contrario, cuando estos se encontraban en presencia de Marcelo, representaban una comedia tan acabada, que nadie hubiera podido deducir de su comportamiento la menor sombra del secreto que los unía.

Ni siquiera el peligro de aparecer en evidencia ante el chico ensombrecía la borrachera de amor y pasión a que estaban entregados Gino y Laura. Todo parecía confabularse en su favor, para hacer que aquella estival aventura tuviera un feliz transcurso.

Pero hasta el amor se ve con frecuencia abandonado de sus dioses protectores. Y así, una noche que Marcelo fue despertado de improviso por el golpear de una ventana que el viento batía insistentemente, sintió sed y decidió ir por un vaso de agua al baño, situado en frente de su cuarto. Al entreabrir la puerta y mirar hacia el extremo del corredor, creyó entrever —a la luz de un relámpago— algo como una blanca figura que entraba a la alcoba de su madre, mientras a lo lejos estallaba un sólido trueno.

Marcelo se impresionó tanto que cerró de nuevo la puerta y se metió entre las sábanas, sintiendo su pequeño corazón golpetear azoradamente y sumido en un desamparo total. Había oído algo relacionado con la leyenda de un fantasma que en otros tiempos solía aparecer en la parte más antigua de la casa, que nadie habitaba por encontrarse abandonada. A su madre le habían informado de eso algunos vecinos, pero ella no había hecho caso de lo que consideraba una absurda y tonta conseja. Y a él mismo, a Marcelo, le había recomendado no creer en semejante historia. Después, como en realidad el fantasma no había hecho su aparición por ninguna parte, la cosa fue olvidada rápidamente. Es más, ni siquiera se habían acordado de ello cuando se instalaron en la nueva casa.

Mas, ahora Marcelo tenía la evidencia de que el fantasma existía, pues lo había visto con sus propios ojos. Y ya no pudo conciliar el sueño. Todo el resto de la noche estuvo atento al menor ruido, a pesar de aquella imprevista tormenta de verano que de pronto se había desatado y que venía a poner un digno telón de fondo al misterioso hecho. Ya en la madrugada, cuando la lluvia había cesado, le pareció oír un breve abrir y cerrar de puerta, seguido de un apresurado ruido de pasos en el corredor. Y se arrebujó aun más entre las ropas de la cama.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, Marcelo contó a su madre su experiencia de la noche anterior. Pero ella no quiso seguir oyéndolo y consideró todo eso un producto de la imaginación del chico.

—Has visto visiones y nada más —le dijo, para terminar.

Y Marcelo no se atrevió a replicarle.

Pero el extraño incidente continuaba agigantando su espíritu. Y un rato después, al encontrarse con Gino en el jardín, le contó su aventura. A diferencia de su madre, aquel lo miró preocupado. Y asiendo la oportunidad que se le presentaba de resolver en su favor aquella situación, le dijo:

—Sí, es cierto. No había querido hablarte de eso, pero existe la leyenda de un fantasma que aparece en esta villa en las noches de tempestad. Aunque, en verdad, yo nunca lo he visto. Ni mi padre, que trabajó muchos años en esta casa.

—Pero tú crees, Gino, que salga realmente ese fantasma, o será un simple cuento, como dice mi madre.

—No se qué decirte. Pero no debes darle importancia al asunto. En todo caso, no creo que se trate de un fantasma peligroso, expresó, riéndose, tratando sin duda de darle un sesgo humorístico a la conversación.

Pero Marcelo no lo tomó así. Y con aire de preocupación agregó:

—¿Ni aun si entra a la alcoba de mi madre? Me pareció ver que abría la puerta.

Gino supo en seguida que el muchacho había visto más de lo que se imaginaba y se trabó un tanto. Pero, rehaciéndose, dijo:

—Eso sí debió ser pura ilusión óptica, Marcelo. ¿Qué iba a hacer el fantasma, aun suponiendo que lo haya, en el cuarto de tu mamá?

—Pero si yo lo vi, Gino —reafirmó el muchacho.

—Imposible. Además, no eres el primero que cree haber visto cosas inciertas.

Y la conversación quedó trunca, porque en ese momento llegó Laura.

Gino no pudo disimular cierto embarazo al verse ante la recién venida, sobre todo estando en presencia de Marcelo. Pero Laura, dándose cuenta, acudió en su auxilio, haciendo recaer la charla sobre el consabido tema del tiempo reinante. Y luego, solicitando la compañía de su hijo, se marchó con él hacia la playa, donde un mar borrascoso asomaba su lomo levantisco y sucio.

— 5 —

Pasaron varias noches sin que Marcelo advirtiera nada raro, a pesar de que había estado muy atento. Largas horas se pasó vigilando, a ver si el fantasma aparecía. Pero nada. Y el chico terminó por convencerse de que tal vez todo no había sido sino un fruto de su imaginación, estimulada por la leyenda escuchada y la tempestad nocturna. Y no volvió a hablar del fantasma.

E incluso se había olvidado ya de él, cuando cierta noche, en medio de otra tempestad, creyó oír un ruido afuera. Y precipitándose hacia la puerta, la abrió con sigilo. Lo que vio lo dejó estupefacto. Envuelta en blancos ropajes, una figura avanzaba por el corredor, en puntas de pie. El detalle no dejó de llamar su atención. Pues, ¿cómo era eso de que los fantasmas —que no se cuidaban de arrastrar ruidosamente sus cadenas— marcharan de ese modo? Y con gran temple de ánimo —increíble en un chico de su edad— siguió mirando fijamente la ambulante sombra que acercándose a la alcoba de su madre penetró en ella sin titubear.

Marcelo permaneció allí un rato sin saber qué hacer. Pero luego, resolviéndose, se dirigió a la biblioteca, y tomando uno de los floretes, regresó junto a la alcoba de su madre. Allí se detuvo largo tiempo, temblando de miedo bajo la pijama, pues ni siquiera había tenido oportunidad de echarse encima una bata. Y a la natural impresión que le causaba verse envuelto en tamaña circunstancia, se agregaba la que le producían los truenos y relámpagos que, sucediéndose rápidamente, servían de complemento a la angustiosa situación. Tentado estuvo, por un instante, de mirar por el ojo de la cerradura, a ver si le sucedía algo a su madre.

Pero pudo más su sentido de la decencia, que le vedaba incurrir en tan censurable práctica. Además, de ocurrirle algo a ella, sin duda habría gritado. Y a través de la puerta no llegaba el menor ruido.

Recostado contra la pared se estuvo Marcelo en ansiosa espera. Se sentía invadir por la fatiga. Y el sueño asomó a sus párpados repetidas veces. Pero él le oponía una tenaz resistencia, resuelto como estaba a permanecer bien despierto y poder así correr en defensa de su madre, en caso de que ella solicitara auxilio. Hasta que al fin, cansado de estar allí de pie, resolvió sentarse en el suelo, cuidando de tener el florete bien al alcance de su mano. Por largo rato oyó todavía el estruendo del temporal, que se alejaba paulatinamente, entre relámpagos cada vez menos frecuentes y truenos que ya apenas retumbaban en la distancia. Después no oyó más. Se había quedado dormido.

Soñó que él era una especie de Perseo, que con su espada afrontaba a un horrible monstruo, en cuyas garras había caído una hermosa mujer cuyo rostro no lograba ver con precisión. Y eso le hacía poner aún más ardor en aquella lucha a muerte. Ya estaba a punto de sucumbir en los tentáculos de la bestia cuando apareció alguien que venía en su auxilio y lo ayudaba a reducirla a golpes de estoque. Pero, cosa curiosa, el recién llegado héroe estaba vestido de esgrimista, con máscara, peto y todo lo demás. Y no era otro que el mismo Gino, en cuya compañía se dirigió luego a liberar a la dama. Pero cuál no sería su sorpresa cuando, al observar bien su rostro, vio que se trataba de su madre que muy ligera de ropas se echaba en brazos de Gino para agradecerle su hazaña, en tanto que a él ni siquiera lo miraba. Entonces no pudo menos que echarse a llorar...

Pero el sueño terminó bruscamente. De repente sintió que lo tomaban del brazo y le hablaban:

—¡Marcelo! ¡Marcelo! ¡Despierta! ¡Qué haces allí, tirado en el piso!

Entonces abrió los ojos y vio que era su madre, que apenas con un ligero deshabillé, estaba a su lado, demostrando gran preocupación.

Marcelo no contestó. Miró a su derredor y se dio cuenta de que ya era de día. Luego preguntó:

—¿Y el fantasma? ¿Qué se hizo el fantasma que entró en tu cuarto?

Laura, disimulando la sorpresa, apenas alcanzó a decir:

—¿El fantasma? ¿Cuál fantasma? Y tras una pausa: Otra vez con tus pesadillas. Anda, ven a tu cuarto.

Y lo ayudó a levantarse.

Más tarde, cuando salió al jardín, en vano estuvo buscando a Gino. Ni rastro de él. Y al volver a la casa, su madre le comunicó que al día siguiente regresarían a Roma.